

les, viendo que el Hijo de Dios padece, por causa de ellos, una tan rigurosa carniceria en todo su cuerpo? ¡Habr  ojos de cristiano, que al mirar la sangre del Redentor, derramada por tantas heridas y con tantos golpes, no llora amargamente los placeres de los sentidos? ¡Ay! A los pies del mismo Señor atado   la columna, digamos con todo afecto aquella devota oracion del mismo V. P. Fr. Luis de Granada.

Señor mio Jesucristo, todas las veces que os contemplo asi desnudo y todo llagado, me lleno de confusion y empiezo todo   temblar. ¡Ay miserable! ¡Qué será de mí! No hay tantos rayos en el cielo, cuantos yo conozco que merezco, por haber sido causa con mis maldades de tantos dolores vuestros. ¡Oh, cuanto me desagrada   mi mismo, y me enfada y molesta el vivir! Pero vuestra piadosisima voz me consuela todo, y me da confianza; llamais   Vos los pecadores, para curar con vuestras Llagas las suyas; oigo que decis: Venid   mí, que mi muerte será vuestra vida; vengo, pues,   Vos,   Salvador de mi alma,   rogaros, que mostreis vuestra Cabeza coronada de espinas, y lleno vuestro Rostro de Sangre al Eterno Padre, diciendole: *Ecce Homo*. Y pues tuvisteis corazon para ofrecer vuestros miembros   los verdugos, para que los atormentasen; tened tambien bondad para presentarles por mí al Eterno Padre, para que por vuestro amor me perdone.

*Lease   Tomás de Kempis lib. 2. cap. 11. cuyo título es: Cuán pocos son los que aman la cruz de Jesucristo.*

## LECCION XIV.

## DE LA CRUCIFICION DE JESUCRISTO.

**L**os leones, en viendo al hombre abatido y humillado, deponen su fiereza. Los  spides, en habiendo chupado parte de sangre humana por necesidad, no prosiguen en herir por rabia; mas no asi se mitigaron, ni se enternecieron los judios, al ver tan abatido y ensangrentado al Salvador; antes mas crueles y rabiosos, alzaron el grito, clamando: A la cruz,   la cruz; p nle en un palo: *Crucifige, crucifige*. Y asi Pilatos, aunque de mala gana, se vi  forzado   sentarse en su tribunal, y dar la sentencia definitiva de muerte. Entonces aquellos bárbaros, contra el estilo de los mas crueles verdugos, que esconden y ocultan   los reos los instrumentos del suplicio, al instante le pusieron   la vista la cruz. Abrazola el Redentor con grande afecto, y baj  sus hombros para recibir aquel pesadisimo le , sobre el cual estaban puestos todos los pecados del linaje humano: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*.

Sale fuera, llevando la gravisima carga; no ya como Isac la leña del sacrificio, de noche, por caminos solitarios, sin que nadie lo viese, sino al medio dia, por las calles públicas de Jerusalén,   s n de trompetas, que llamaban al pueblo   aquel ignominioso espectáculo. No pudiendo con el gran peso gobernar los miembros, faltos de fuerzas y de sangre, se movia   pasos lentos, y   breves ratos arrodillaba y caia   tier-

ra; por lo cual aquellos insolentes sayones, ya tirando violentamente de los cordeles, ya punzándole con las lanzas, ya con golpes sobre la corona de espaldas, le obligaban á levantarse y proseguir el camino. Aquí verdaderamente vino á ser el Rey de la gloria oprobio de los hombres y desprecio abatidísimo del pueblo: *Opprobium hominum, et abjectio plebis*; porque aquel mismo pueblo, que poco antes le habia recibido con bendiciones, aplausos, hojas de palma, y con arrojar sus capas al suelo y á sus pies, como á Rey; ahora trocado el amor en odio, concurre de todas partes á maldecirle y burlarle con mofa, como á ladrón.

Apenas se hallan algunas buenas mugeres, que movidas á piedad, al ver tanta desgracia y afliccion, le salen al encuentro con gemidos y lágrimas, á las cuales volviéndose el Salvador, como olvidado de sus dolores, y compadecido de los trabajos que habian de padecer, las dijo con tiernísimo afecto: *Filiae Hierusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flere.* ¡O dulcísimo Jesus! ¡Cómo prohibis este llanto, con que desfogó un poco el afecto compasivo de vuestra pasión! ¿Por qué antes no impedis las blasfemias injuriosas de los perseguidores, que las piadosas expresiones de compasion de las mugeres? ¿Dejad que á lo menos estos corazones se compadezcan, y estos ojos lloren, y paguen un corto tributo de lágrimas á vuestra Sangre. Pero ¿qué digo? La fineza de vuestro amor os persuade otra cosa. Como vuestro Corazon se compadece mas de nuestros males, que de vuestras penas; así quereis que toda la compasion de los otros se convierta ácia nosotros, y las lágrimas se derramen por nuestras miserias: *Super vos ipsas flere.*

Pero merece ser con especial atencion ponderada la razon que alega: *Quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet!* Si en mí (dice el Redentor) que soy leño verde, sin infeccion de culpa, y con frutos de todas las virtudes, se ejecutan con tanta crueldad tantas heridas; ¿qué será de los pecadores, que son leños secos, estériles de todo bien, y podridos con tantos pecados? A la ponderacion de esta gran clausula convida san Buenaventura á los pecadores. Si el Hijo de Dios y Criador del mundo, por haber tomado carne humana: *In similitudinem carnis peccati*, padece tantas penas y tantos tormentos, ¿qué habrá de padecer el hombre, vilísima criatura, engendrado de carne pecadora? ¿Si el inocente, Azucena de pureza, y Espejo sin mancha, hubo de tolerar en su purísima Carne sudor de sangre, tormentos de agonía, y muerte de cruz por los pecados ajenos; ¿qué castigos, qué muerte no deberá tener el pecador, reo de tantas maldades propias, arguyendole la conciencia de tantas culpas como ha cometido? Si la justicia del Eterno Padre es tan inexorable contra su propio Hijo, que quiso verle agonizar y morir en una cruz, ¿qué severidad, qué rigores no deberá aguardar el esclavo rebelde? Cuando Torcuato, cónsul Romano, con severísima justicia, hizo cortar la cabeza á su hijo Manlio, porque contra su orden habia peleado y vencido á los enemigos, quedó pasmado todo el ejército, y ningun soldado tuvo aliento para pedir perdon de su inobediencia, viendo que el padre no habia perdonado aun á su hijo: *Expalluit totus Exercitus; nec quisquam militum ausus est sibi veniam petere, videns vindictam patris in filium,* (VALER.

MAXIM.) ¡quién, pues, tendrá atrevimiento para pecar, con esperanza de que Dios le perdonará después, si *proprio Filio non pepercit*, si no perdonó á su Hijo, solamente porque entró á ser fiador por los pecados ajenos? ¡Quién, siendo reo de muchas culpas, vivirá seguro del perdón por haber derramado una lágrima de penitencia, ó herido una vez su pecho con el *Domine miserere*, si reparara que el Redentor no se contenta con haber derramado por los pecados unas pocas gotas de sangre, sino deja vacías las venas en una tempestad de azotes, en una corona de espinas, en una infame horca?

Acaso direis, que el haber padecido tanto el Redentor por nuestros pecados, nos anima á esperar, que mueve á temer. Si la divina Justicia ha cobrado ya la pena de nuestros pecados del Salvador, ya no tendrá que pedirnos esta deuda, ni nosotros tendremos que pagar, ni penar. Eternas gracias al divino Hijo, que á tanta costa de su Sangre nos ha redimido, tomando para sí solo los rigores de la Justicia, y dejando para nosotros las finezas y suavidades de la misericordia. ¡Qué decís, que el Salvador tomó para sí solo los rigores de la Justicia? ¡O qué grande error! Estais muy engañados; antes Dios nos propone á su Hijo crucificado por nuestras culpas, para que nosotros no escusemos tomar la cruz, y tolerar nuestras penas: *Proprio filio non pepercit, ut ostenderetur, quae supplicia manerent servum nequám, dum tanta patitur innocens Filius*. Así lo entendió el Doctor de las gentes, Pablo, cuando al padecer aquel gran catálogo de sus cruces y trabajos, decía: *Adimpleo ea quae desunt, Passionum Christi in carne meae*. ¡Qué decís, san-

to Apostol? ¡En vuestro cuerpo cumplís lo que le falta á la pasión de Cristo? Por ventura, ¿no fué copiosa y sobreabundante su redención? *Copiosa apud eum redemptio*? Ay, que sí, responde Pablo: fué copiosa y copiosísima; pero *apud eum*, respecto del Redentor, y en sí misma, mas no respecto de los hombres, y para su eficaz beneficio, si ellos con su padecer no se aplican los frutos de su pasión: no serán herederos de la gloria, si no fueren partícipes de las penas: *Si compatimur, et conglorificabimur*.

Vengan, pues, las cruces, los trabajos, las persecuciones y tormentos, que serán siempre muy bien recibidos: pagaré sangre con sangre, y vida con vida. Así divinamente lo explica san Gregorio el grande: *Per crucem quidem suam omnes redimit, sed remansit, ut qui redimi, et regnare cum eo nitur, crucifigatur. Hoc propecto residuum viderat, qui dicebat: si compatimur, et conregnabimus*.

Pero volvamos al Salvador, que proseguía su trabajoso camino, bañando la tierra con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con el tórculo ó viga de la pesada cruz. ¡O Sangre de Dios vivo, Sangre de infinito valor! ¡Cómo estais mezclada con el lodo de las calles, y pisadas de vilísimos pies! ¡O ángeles del cielo! ¡Como no bajáis á la tierra á recoger esta preciosísima Sangre? ¡Cómo no ayudáis á llevar la pesada cruz, intolerable á las desmayadas fuerzas de vuestro desalentado Rey? ¡Cómo no oponéis vuestras santas bendiciones y alabanzas, á las blasfemias con que le maldicen los judíos, como á capitán de ladrones? ¡Cómo sufrís que el Señor, que está en el cielo en medio de las

dos divinas Personas, rodeado de las celestiales gerarquias, esté en la tierra entre dos ladrones, acompañado de infames malhechores, y en medio de ellos coronado de espinas, como Rey de los mas facinerosos? Este (si creemos á san Anselmo) fué el mayor tormento que padeci6 el Salvador, verse tratado de ladron. Esto le heria el Alma mas vivamente, que al Cuerpo la cruz.

Si bien mayor, sin duda, fué el sentimiento al encontrarse con su divina Madre. ¡O dolorosísimo encuentro! La Madre santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corri6 á ver á su Hijo, dándole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veía por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guia para conducirse al calvario, conde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡O Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, mas hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decia con los afectos del corazon el Hijo: ¡Para qué venis aqui, Madre mia, á aumentar mi dolor y el vuestro? Bien conozco que mi pasion es la vuestra: pero tambien vuestro dolor es mio. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazon: Vos, con vuestro corazon, anegado en tantos afanes, me doblais las penas. Volved, ó Madre mia, á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. Volved, o purísima Paloma, al arca de vuestro alvergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aqui no hallareis donde descansar vuestro pié. Mas á esto respondia el corazon de la Madre: ¡O mi queridísimo Hijo! ¡Por qué

me mandais que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conorte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida: sean, pues, mias vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra Sangre; quiero ser crucificada con vos, y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos, me será mas duro y amargo que el morir; y el morir con vos, me será premio de haberos dado la vida.

Estos sentimientos se andaban repitiendo allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguian el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.

## §. II.

## MUERTE DE CRISTO.

Apenas llegaron al monte calvario á la vista de Jerusalem, cuando aquellos sayones, sin darle un instante de descanso, le desnudaron con gran furia, hasta de la túnica interior, que estando pegada á las llagas por la sangre congelada, le renov6 acerbísimos dolores. Despues le mandaron, con bárbara impiedad, que se tendiese sobre la cruz. El Salvador, con prontísima obediencia, estendi6 las manos, y alzando los ojos al cielo, ofreció al Eterno Padre su vida en sacrificio por el remedio del género humano. Y como Isaac, atado sobre el ház de la leña estaba esperando la herida de su padre; así Cristo sobre la cruz aguardaba los golpes de los verdugos. Allá Dios, satisfecho con la buena voluntad de Abrahán, hizo que el ángel le detuviese la espada, para que no descargase el golpe; acá, queriendo la per-